

CARTA A LA EDITORIAL

LA FORMACIÓN PROFESIONAL EN LA TERAPIA OCUPACIONAL: ¿ESTAMOS FORMANDO LO QUE NECESITA NUESTRA SOCIEDAD?

Es un hecho que la formación del y la terapeuta ocupacional ha cambiado con los años desde 1959 en Argentina y 1962 en Chile, cuando la Terapia Ocupacional se instala como profesión. Los planes formativos han ido centrándose cada vez más en las necesidades de las sociedades postmodernas, con todo lo que ello implica.

Analizando los planes formativos, el tránsito desde una formación más segregada en saberes a una que busca integrar, es evidente. Además, se han desarrollado estrategias, técnicas y modelos que contribuyen a una mejor intervención y rol profesional.

Pero nos preguntamos si esto es suficiente, debido a que también, el perfil de las y los estudiantes ha ido transformándose con el tiempo.

En nuestras sociedades modernas, donde se busca la precarización de la educación, y donde el sistema capitalista tiende a absorber lo poco y nada que queda del rol público, nos parece central preguntarse cómo la Terapia Ocupacional, y por ende, las y los terapeutas ocupacionales, pueden contribuir a mejorar la calidad de vida de las personas.

Al respecto, creemos que la reflexión crítica es central para el análisis de la sociedad, pero no solo desde una perspectiva externa, también se hace necesario fomentar el análisis de la propia posición en el mundo, de las propias experiencias y de la propia vida. No solo la mirada crítica que busca “criticar” los hechos externos y lo que ocurre “fuera de mí” es lo que se necesita en la disciplina, si no también desarrollar la capacidad de criticarse y comprenderse a sí misma o sí mismo.

Junto con ello, tomar consciencia de las propias creencias, miradas políticas, historias de vida y autolimitaciones, es una herramienta terapéutica muy importante en la formación, y que además, debe ser complementada con otros saberes que alimenten, no solo los conocimientos técnicos, sino también los saberes cotidianos y realcen los conocimientos y experiencias personales.

Las artes visuales, sonoras, la expresión corporal, se vuelven aliados esenciales de la disciplina, pero no solo para experimentarlas como herramientas terapéuticas, sino también para desarrollar la propia esencia humana, la empatía, la sensibilidad, la imaginación y la capacidad de simbolismo, tan necesarias en un mundo que valora las matemáticas y la ingeniería, por sobre la cultura, la filosofía y las artes.

Una sociedad que premia los logros concretos, especialmente de las ciencias duras sobre las acciones sensibles, y que elige dirigirnos a preferir la alienación para no aceptar el fin inevitable: “si no siento, no me muero”. En pocas palabras: si no acepto la muerte -palabra tabú en todo tipo de formación- ¿acepto la vida?



Así mismo, la mal entendida “locura” es crucial en un mundo cada vez más “apagado”, “anestesiado”. Cada terapeuta ocupacional debe desarrollar un poco de la “así llamada locura”, una locura desobediente; una locura que permita cuestionar lo existente; una locura que impida que nos demos por vencidos/as frente a las injusticias sociales; una locura que no tenga miedo de responder: “¿por qué sigues insistiendo con esas personas? No tienen cura. No tienen salida”.

¿Cómo formamos en esta locura, con un currículum que solo valora aspectos “objetivos de la ciencia” y que niega emociones y pensamientos que se alejan de la norma? ¿Cómo valoramos la diversidad en las salas de clases, sin buscar formar terapeutas ocupacionales homogéneas/os que repliquen técnicas en forma automática sin pensar ni sentir al otro como personas integrales? ¿Cómo podemos poner en el centro de la formación el ser persona y no la técnica (que es importante, pero se aprende en el camino)? ¿Es necesario enseñar lo más elemental, esto es, valorar y respetar a las otras personas?, ¿cómo hacemos esto?

En un mundo, donde aún en estos días, hay seres que mueren de hambre, ¿cuál es el rol de la disciplina? En una sociedad donde se ha abusado tanto de las/os que han sido silenciadas/os, ¿cómo la profesión contribuye a mejorar su calidad de vida? ¿Qué responsabilidad tenemos en esto?

Retomando el valor por los aspectos holísticos de la profesión, es que reflexionamos sobre nuestro rol como docentes en este camino de formar terapeutas ocupacionales desde la propuesta de insistir en crearnos más preguntas que respuestas, dando por sentado que no hay una sola verdad y prohiendo propuestas, diferentes puntos de vista -desde la humildad- quizás la mejor forma de abrir caminitos de verdades, y quisiéramos invitar a otras y otros a acompañarnos y participar. De manera, que nuestra profesión pueda contribuir cada vez más con su rol fundacional, esto es, ayudar a transformar nuestro mundo en uno mejor.

Ana María Novick

Terapeuta Ocupacional, primera generación (1965), Univ. de Chile. Experiencia con pacientes psiquiátricos (Clínica Psiquiátrica, Univ. de Chile) y con pacientes tuberculosos (Hosp. San Juan de Dios, Chile); Coordinadora de la fundación Albert Schweitzer, México; Prof. de Accesibilidad de la Cátedra de Posgrado de Infraestructura Escolar y Prof. Honorífica del Taller Libre de Proyecto Social en FADU-UBA, Buenos Aires. Prof. de talleres de capacitación y género en China. Ex Integrante del Consejo Superior de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (A.P.D.H), Comisión de Discapacidad y de la Mujer.

ananovick@gmail.com

Rodolfo Morrison

Terapeuta Ocupacional, Dr. en Lógica y Filosofía de la Ciencia. Académico Departamento de Terapia Ocupacional y Ciencia de la Ocupación, Universidad de Chile.

rodolfo.morrison@uchile.cl